



BESITOS DE PAN

Janu Huerta

BESITOS DE PAN



Segunda edición: enero 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Janu Huerta

ISBN: 978-84-18544-60-6

ISBN digital:978-84-18544-61-3

Depósito legal: M-920-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Per a tu, abuelet volgut.
Gracies a tu hi he trobat un sentit a aço.
Es lo unic que puc oferirte de mi ara.
Donam temps. Tornarás a estar orgullós.
Te vull moltíssim iaio.*

CAPÍTULO 1

Pensando en voz alta

Anoche me costó bastante dormirme, pero cuando lo hice fue cuando decidí que no iba a tener miedo.

Anoche lo tenía clarísimo y ahora noto un sudor frío recorriéndome la espalda y perlándome la frente. Estoy superblanca, más de lo que ya lo estoy de normal. Vale, no sé si estoy pálida o no porque no me puedo ver desde fuera, pero lo noto, lo noto. Y noto que los demás lo están notando también, eso es lo peor, que van a notar que tengo miedo.

Todos me están mirando y sé que me están juzgando, lo intuyo. Algunos hacen como si no me mirasen. Se han juntado en grupitos de tres o cuatro y los que están frente a mí me observan con desca-ro y les cuentan a los que se han colocado de espaldas que una tía con pinta chunga acaba de entrar en su clase. Es como si pudiese escucharlos cacarear «¡Lo que nos faltaba!» y es que últimamente no encajo en ningún sitio, lo cual me da lo mismo. No, me alegra.

¿Qué me costaba a mí llevar el pelo de un color un poco menos estridente? Yo ya sé de sobra que el fucsia llama demasiado la atención, pero el resto de colores de mi colección no les iba a parecer más adecuado. No tardará en llamarme a su despacho el tío que dirija este cotarro, me dirá justo lo que están pensando ellos, que

ese color... ¡Vamos, muchacha! ¿De verdad es necesario ese color? Será condescendiente al principio, porque no me conoce y porque supone que para mí representa algo el principio de autoridad. Se equivoca. Después de unos minutos en los que le quedará claro que por las buenas conmigo nada, saldrá con lo de... el reglamento del centro dice... y justo ahí le haré callar. Oye, tío, que me he leído la parrafada, ¿sabes? En su cara se dibujará una mueca de estupefacción. ¿Se ha leído el reglamento o es un farol? Lo tenéis publicado en esa web obsoleta y estática. Pobre viejo, se quedará flipado. Me imagino que es un tío, porque suelen ser tíos, tíos viejos, además. Así, con gafas redondas, con un chaleco, camisa arrugada y pantalón de pana. Patillas largas canosas, la coronilla clareando y corbata, porque sí o sí se ponen corbata, como si fuesen ejecutivos de las ideas. A mí me da la risa, pero ellos se ponen tan serios... Como se quedará sin argumentos, comenzará a ponerse tomate el viejo, y ahí aprovecharé para decirle, aún no se cómo, ya lo pensaré, que no juegue conmigo. Me he leído su reglamento y dice que no debo vestir con falta de decoro, que a saber que se supone que es eso, yo siempre tengo mucha decoración, ¡joj!, y recato. Que a lo mejor no te mola mi estilo, pero decoro y recato tengo a puñados. Del color del pelo no dice nada, tío. Si os hubieseis preocupado en actualizarlo a lo mejor tal, pero por ahora ahí no dice nada, así que, si no se te ofrece nada, poli, todo un gusto conocerte.

Aún falta un rato para que comiencen las clases, no sé por qué he llegado tan pronto. Ahora estoy aquí exponiéndome a las miradas de esas arpías. No tardará alguna en acercarse en plan ¡hola, tía!, quiero ser tu amiga, ¿de qué cole vienes? y cosas del palo. Claro y yo, que soy tonta, me creo que quieres hacerte amiga de la rarita del pelo fucsia. Tú ven, cariño, ven, que nos vamos a reír un rato.

¡¿Qué!?, ¡horror! ¿Pero qué haces, chaval? Retrocede. Esto no lo había previsto. En vez de una de aquellas marujas del fondo el que viene enfilado hacia mí es un chico. Cosa curiosa porque suelen ser

ellas. Es mono. Particularmente no siento nada hacia él, ninguna atracción ni repulsión, me resbala. Pero no estoy ciega, el chaval es guapo, el prototipo de Ken adolescente. No sé qué querrá ni a qué viene acercarse a mí. Si está buscando en mí a su Barbie, el tipo necesita gafas. Eso estropearía bastante el conjunto.

Si me he colocado en la última mesa del rincón de la última fila, ¿no será por algo?, si no me he acercado yo a saludar al personal, ¿no estaré queriendo transmitir algo? Está claro que el chaval no capta la indirecta, no quiero ser tu amiga, no quiero ser amiga de nadie. No vengas a contarme tus movidas pretendiendo que yo te cuente las mías y seamos *superfriends forever*, ¿lo pillas? Me cae mal la peña, toda en general, no eres tú, rubio. Voy toda de negro, tronco, el *gloss* oscuro de mis pestañas te tenía que haber dado alguna pista. ¡No te acerques más! Viene decidido, el idiota. Tendrá mi edad, aunque parece más niño. Espero que pase de largo y no me dirija la palabra, porque como se apalanque aquí enfrente y me hable con esa voz de pito rara de los que están mudando el tono, me desorino toda, vaya. Que me ría de él no va a ayudar a que me integre aquí, pero es que... ¡Quién le manda a él venir a hablarme! ¿No me estás viendo, tío?, mi actitud es claramente hostil, ¿no? A ver si estoy pillando rollos y el flipado lo que quiere es chulearme delante de sus amiguitos, pues, cuidado, no vaya a ser yo la que te chulee a ti, niñato.

¡Hala!, ya estoy agresiva sin que nadie me haya hecho nada, no debería, ya lo sé. Estoy a la defensiva. Lo que pasó el año pasado no tiene por qué pasar ahora aquí, puedo montármelo de otra manera. Porque sí, en parte fue culpa mía, aunque no lo vaya a reconocer ni de coña. No hace falta ir así, como voy por la vida, quiero parar, pero no sé dónde puedo darme al *stop*, quiero morder, voy en automático. El pelo, la ropa, la actitud, todo aleatorio porque sí, para joder, ¿a quién? Yo que sé. A mí sobre todo.

El rubio no parece mala gente, así bien visto, está justo ahí, a dos pupitres. Nos separan solo dos pupitres, de esos verdes y viejos. Están todos llenos de pintadas y muescas. ¡Qué bajada de nivel!, ¡joder!, mi padre se cree que quitándome de mi cole y trayéndome a esta mierda de instituto me va a hacer cambiar. Otro idiota. ¡Tío, reacciona, que ya lo intentaste el curso pasado y me echaron de allí! Este instituto es... joder, sí, lo reconozco, es una mierda. Echo de menos el cole de primaria. Si no hubiese pasado todo eso y yo me lo hubiese tomado de otro modo, ahora no estaría aquí, seguiría allí y todo guay. No quiero estar aquí, me da miedo y él lo sabe, el tío lo sabe y se la suda. Me manda aquí y se va a ganar billetes. Pues acuéstate con ellos y no esperes que te dé un beso de buenas noches. No te voy a dar la razón ni de coña. Si me tienen que echar de aquí también, sea. No voy a cambiar, no porque a ti te dé la gana. Pasas de mi culo catorce años, cuando más te necesitaba, has hecho lo que has querido siempre y ahora ¿quieres ser el padre del año conmigo? Suerte a la próxima. Hazle un bombo a la amiga esa polioperada que te has buscado y con lo que salga del experimento intentas montártelo mejor. De mí, así, olvídate, porque vamos de mal en peor. Supongo que quieres que vaya llorando a tu despacho y que te pida que me vuelvas a apuntar al cole, ¿verdad? Que te prometa que seré una niña buena, como antes, como las demás, como todas, ¡y una mierda! Acostúmbrate, viejo, no me manda nadie, aunque me tenga que matar a mordiscos con todas estas.

Ya es tener mala suerte que el que se me acerque sea un tío y encima guapo, porque si fuera un gordo con una paella en la cara o un gafudo, lo mando a la mierda sin levantar los ojos del iPhone, pero al rubio... no sé... ¡qué putada!

¿Qué ha dicho? No me jodas, ¡con dos cojones el tío! Coge y me habla, sin agudos ridículos ni nada, amable y todo. Que se llama Marcos y que quién soy yo. Mala suerte la mía, el tío es simpático,

me mira sin malicia. Ya me has jodido el golpe de efecto, rubio.
Gracias Marcos. Soy Sara, tío. Y al iPhone otra vez.

CAPÍTULO 2

De la flor y nata

¿Cómo he llegado yo a esta grotesca situación? Es como si estuviese en un decorado del que no puedo sustraerme por más que lo intente. No me siento cómoda en mi piel y la cosa no viene de ahora.

Nací en la Ruber Internacional, como si fuese hija de la monarquía o algo serio. En realidad, soy hija de la burguesía acomodada que se ha sobre-enriquecido ficticiamente con el *boom* inmobiliario. En España casi cualquiera puede tener un seguro privado de salud, así que nacer en una clínica exclusiva no tiene ya el relumbrón de antaño. Soy hija única, la primera pues y la última para el falso matrimonio que formaron mis padres por interés. Mi padre es un analfabeto que ha vivido toda su vida a la sombra de mi abuelo, este sí un hombre hecho a sí mismo. Analfabeto también, pero con todas las luces que le faltaron después a su progenie. En la empresa del yayo trabajan sus dos hijos y la tía Elena, que, a falta de la paga por minusvalía, se le presupone un mínimo de capacidad mental de la que adolece completamente, le falta el babero para recoger las babas. Y al otro, lo mismo.

Mi padre, siendo imbécil, ha salido el más avisado. A lo mejor por eso el abuelo lo puso al frente de la empresa cuando se retiró. La empresa fue superbien un tiempo, dabas una patada a una pie-

dra y algún alcalde corrupto te recalificaba un terreno rústico, pero luego llegó la época de las vacas flacas. Cuando yo nací no había problemas de esa índole, entonces nadábamos en la abundancia y el crédito fluía libre. Mi madre, mucho más lista que el baboso de mi padre, vio en él la oportunidad de vivir como una reina y se apuntó al carro. A ver, no digo yo que no le quisiera, que algo había, desde luego, pero eso es porque todo suma. Un gordo, calvo y feo pobre es solo eso, un tipo que inspira aversión. Pero un gordo, calvo, feo y con granos rico, bueno, siendo rico el ballenato granuloso se aprecia desde otra óptica. Tiene un inexplicable atractivo.

Por eso todos los gilipollas con dinero se compran un Ferrari, para dejar bien a las claras que además de gilipollas son ricos, así, cuando los miras no ves en ellos sus defectos físicos o de carácter, ves el coche y presupones el resto. Triste, pero así funciona nuestra mente. Mi padre, desde luego, no se apartó un ápice de la norma, en cuanto pudo se compró un deportivo, uno caro y hortera, ah, e incómodo y ruidoso, porque esos carros no son para disfrutarlos, solo son para mandarle al mundo un mensaje de superioridad, que tú vayas o no cómodo es lo de menos.

Luego, vino la casa en uno de los terrenos recalificados de un amiguete del abuelo, en Pozuelo, muy cerca de Madrid, pero sin estar en el meollo. El abuelo, más sensato, se quedó en Aravaca, donde vivía como un jeque en su chalé. El adosado de Pozuelo en el que he crecido es un quiero y no puedo, una carísima deposición de pladur y ladrillo caravista en placas por la cual la mayoría de mis vecinos estarán endeudados toda su vida. A nosotros la filigrana nos la pagaron ellos, así que puede que seamos los únicos cuya casa no sea del banco. Esa urbanización de Pozuelo fue la primera de muchas que la empresa del abuelo edificó ahí, convirtiendo un paraje agrario en una amalgama de urbanizaciones para pijos advenedizos con más ansias de figurar que posibilidades reales de mantener esa vida. Mi padre recién casado, con el cochazo y su primer pelotazo, se regaló a sí mismo el adosado y luego llegué yo.

La princesa de la casa, eso solo le dejaba llamármelo al abuelo, yo no soy ninguna princesa, ¡si me viera ahora!, pero a él le gustaba llamarme así y como a mí me gustaba él, le dejaba que me llamase princesa, al resto no, para el resto soy Sara, ni Sarita, ni cariño, ni corazón, ni nena. Especialmente no soy nena, ¡no me jodas!, me llamo Sara o no me llames.

A veces le llamo Salvador para hacerle daño, no Salva, como sus colegas, ni papá, como a él le gusta, pero como llevo toda la vida llamándole papi, al final se me escapa y solo le digo Salvador cuando quiero mostrarle que estoy muy disgustada, cosa que últimamente es casi siempre por otro lado.

El abuelo siempre me quiso como nadie. La naturaleza es sabia y además de hija única, fui nieta única también. La tía Elena dice que quiere adoptar, pero es vieja ya y tiene cara de lela, no creo que pase la criba, aunque a lo mejor le dan a algún desgraciado que tendrá suerte si no muere intoxicado en un descuido, pero, bueno, de momento llevo catorce años siendo hija única y durante once fui nieta única. Mejor así a ratos, mientras fui la princesa del abuelo todo guay, ahora me repatea porque tengo a Salvador encima todo el día, vigilando lo que hago y con quién hablo por el móvil o el ordenador. Muchas veces hago como si hablara, pero de normal es postureo, no hablo con nadie, no tengo amigos, joder. La única que creía que tenía, la perra rabiosa de Alejandra, dejó de serlo en cuanto el viejo me cambió al instituto. Cuando nos cruzamos ahora en el Club de Campo no me habla, hace como si no me viese la cabrona.

Ha ido hablando por ahí de mí, yo sé que ella sabe que yo sé que ha sido ella la que ha dicho que soy una muerta de hambre. ¡Ya hay que ser mala! A Salvador no le va tan bien como le iba, eso desde luego, pero no me ha cambiado al instituto por eso, sino para putearme por ser yo misma. Lo que diga la *snob* estúpida de

Pitita me da lo mismo, ¿ella qué sabe? Que se preocupe de follarse bien a su marido, que lleva una cornamenta que pronto no entra al salón social. Todos hablan, se están quedando a gusto, quiero hablar contigo, abuelo, pero ya no estás.

Eso de rezar no se me da bien, me da la sensación de que estoy haciendo la gilipollas y eso que no hace tanto rezaba con verdadero fervor. Ya ves, tantos rosarios tirados a la basura, solo espero que, si Dios anda a la escucha, pueda perdonar mi descreimiento, igual que yo le perdono por todo lo que me está haciendo pasar, unas cosas por otras, tío.

El abuelo sabría decirme cómo actuar, siempre me hacía sentir especial el canoso, estaba arrugado como una pasa y como una pasa era dulce y cariñoso. El único que me dio besos de verdad, me acarició el pelo y se interesó por mis estudios. El viejito me quería y yo le quería a él. Muchas veces, mientras mis padres estaban de viaje obviando mi existencia, me iba con él al chalé de Aravaca, allí era feliz de verdad. Lo cierto es que hasta los ocho años viví allí casi todo el tiempo. El cole estaba más cerca de Aravaca que de Pozuelo y allí tenía «amigos», cosa que en Pozuelo no llegué nunca a tener.

Mi mejor amiga era Alejandra Ferris Gimeno, claro que yo siempre la llamaba Ale. Íbamos juntas al cole y el chalé de sus padres estaba muy cerca del de mi abuelo. A mí siempre me pareció que seríamos uña y carne el resto de la vida. Nacimos con unos días de diferencia en la misma clínica, nuestras madres fueron juntas a las clases de preparación al parto. Su padre le prestaba dinero al mío para las promociones, y juntos solían celebrar los pelotazos alternando la casa, así que desde pequeñas nuestras familias han estado superunidas, pero ya no. Aún nos vemos en el club, pero cada vez voy menos y pronto dejaré de ir porque ya no tengo motivos. Antes pasaba allí todos los fines de semana, tenía un grupo de amigos grande. Disfrutábamos mucho estrenando ropa, fardando

de teléfono y poniendo a parir a la que repetía modelo o si alguna había engordado. Supongo que ahora, claro, la que será objeto de burla seré yo.

El otro día el bueno de Damián, el conserje, no me reconoció y no me quería dejar entrar, luego me dijo que iba muy estridente, pero que a él le gustaba, al resto... y ya lo sé, tiene razón, pero quiero que alguna de ellas tenga ovarios y venga a decírmelo al *gepeto* para explicarle yo a ella cuál es mi opinión sobre su trapito de Prada o su bolsito de Vuitton, ¡estúpidas! No sé cuándo dejé de ser una de ellas para convertirme en quien soy, puede que cuando Salvador me quitó la tarjeta.

Así, por las buenas, viene un día y me dice que ya no puedo usar la tarjeta, que se la dé, que me va a poner una asignación semanal y que me organice. Entonces, porque hace dos años de esto, yo aún iba al cole y no era como soy ahora, no tenía motivos para hacerme eso, no se la quise dar, pero él la anuló y ahora tengo que malvivir con cien putos euros a la semana, como una mendiga. Claro, como él no tiene que comprarse ropa como yo, le parece que cien pavos es suficiente, pero vamos a ver; una coca-cola cuesta dos cincuenta en el bar del cole y una camiseta de mierda en el Berska no cuesta menos de veinte, ¿qué quieres que haga con cien euros? Se acabó ir a La Milla con Ale y las amigas, se acabó ir a Las Rozas Village a renovar el vestuario y, de repente, se acabó la amistad. Después de doce años siendo uña y carne, la tía va y me saca del grupo de Whatsapp y me bloquea en Instagram, no me deja de seguir, me bloqueó, que lo vi yo con la *app* y me quedé muerta.

La llamé, claro, para ver qué pasaba o si era un fallo o algo. No hemos vuelto a hablar, no me cogió el teléfono y cuando nos vimos en el club ese fin de semana de verano en la piscina, la tía le preguntó a las demás si estaban oyendo hablar a alguien, ¿lo pillas?, ¡como si no estuviera!

—Y dime, Sara, ¿cómo te sentiste en ese momento?, ¿qué pensaste?

—¿Qué pensé? ¿Y qué sentí? ¡Me quería morir, tío, me quería morir!

—Continúa, Sara, por favor.

Yo sabía lo que estaba pasando, tenía entonces doce años, era un poco rebelde en casa, pero de cara a la galería era exactamente la misma que había sido el año anterior. Sacaba buenas notas. Mis profesoras me querían y se preocupaban por mí. En el colegio no tenía problemas, al revés, aquello era un remanso de paz. Allí me sentía querida y valorada. Llevaba el pelo castaño, de mi color, largo, siempre recogido porque era obligatorio, como teníamos que llevar uniforme, éramos todas iguales. La falda escocesa a cuadros rojos y verdes con unos tirantes ridículos y una camiseta blanca con un *blazer* rojo, un conjunto horroroso que yo amaba, me gustó siempre, pero comencé a quererlo de verdad cuando Salvador me anuló la tarjeta.

Por su culpa yo tenía pesadillas. Soñaba con la ropa que tendría que usar ese fin de semana en el club, y cuando iba por las tardes a casa de Ale o ella venía a la mía, ya no me quitaba el uniforme para no quemar el conjunto a sus ojos. El muy miserable de Salvador no me quiso comprar unas medias nuevas durante tres semanas, me dijo que tenía que aprender a cuidar las cosas, ¡pero, tío, tú qué coño sabes de llevar medias!, se hacen las carreras solas. Al final me las compró cuando Trini, mi tutora, se lo escribió en la agenda. Qué vergüenza, joder.

Éramos todas chicas. A mí no me parecía raro, al revés, me gustaba mucho, era todo muy cómodo, olía bien, el ambiente era ideal, el patio era un lugar ordenado, todo estaba limpio y podíamos hacer la voltereta lateral sin problemas. Echo de menos mi colegio mucho.

En sexto de primaria todo fue bien casi todo el curso, ya hacia el final la cosa comenzó a torcerse, así, sin verlo venir. Pero el curso lo acabé bien, sin problemas. Doña Trini se despidió de mí

con un beso y un gran abrazo, me dijo que tenía que ser fuerte, que había tenido un año muy duro, pero que el próximo sería mejor, que al final todo se iba a pasar y que me esperaba allí el próximo curso. No la he vuelto a ver tampoco.

Yo la quería mucho a Trini, era una repipi, y cuando se trataba de hablar de Dios se ponía insoportable, pero la quería mucho igual. Me acuerdo de que de vez en cuando íbamos todas juntas al oratorio del cole, que es muy bonito y acogedor, todo de maderas oscuras, olía a incienso y a paz. Trini nos decía que hablásemos con el Señor, ella era una especie de monja, pero vestía normal. Desde los seis años hasta los doce estuve intentando hablar con Dios, pero debemos estar en anchos de banda diferentes, porque nunca logré sintonizar con Él. Eso me fastidiaba muchísimo, no por perderme la charleta con la divinidad, que eso me daba bastante lo mismo, me fastidiaba por Trini, a ella no quería decepcionarla.

Trini decía que hablar con el Señor era lo máximo y ella quería que yo hablase con Él, que le contase mis movidas y que me encomendase a Él, que nunca he sabido qué es eso, pero yo no lo lograba. Cuando le decía que estaba hablando sola, veía en sus ojos la decepción y eso me rompía el corazón, así que comencé a charlar con Él unidireccionalmente. Trini se puso muy contenta, dijo que el Espíritu Santo me había iluminado y comenzó a invitarme a retiros.

Ahora, desde que dejé de hablar con Trini, he dejado de inventarme charlas con el Altísimo, ¿para qué? Tampoco voy ya a los retiros porque no podría soportar ver lo que me estoy perdiendo. Aunque no creo que nunca llegue a admitirlo de viva voz, me gustaba aquella vida. Era un tiempo de seguridad y certidumbre, sabía a lo que aferrarme, ahora tengo miedo, veo enemigos por todas partes, les oigo murmurar y, aunque necesito cariño, soy tan arisca que repelo. No me gusta ser así, o sea, no del todo, no plenamente, no en el fondo.

Me gustaba ser de la flor y nata.

CAPÍTULO 3

Cuando la nata se agria

Debían de ser como las cinco o las seis de la tarde, de una tarde de esas de bochorno madrileño en pleno verano. Yo estaba en la Charca de la urbanización, el lugar de reunión que tenía un cuidado jardín y una inmensa piscina con isla. Había ido allí a bañarme, repitiendo un biquini de Carolina Herrera que ya me venía pequeño. De normal, a esas horas no había nunca nadie en la Charca, por eso iba yo a esa hora precisamente, porque no tenía ganas de cruzarme con nadie. No quería cruzarme con nadie no porque fuera yo una tía insociable como ahora, entonces eso solo estaba comenzando, lo que pasa es que me estaban saliendo las tetas y me sentía terriblemente incómoda cuando alguien se me plantaba mirando ahí.

Nunca había nadie a esas horas en la Charca y por eso iba yo con mi biquini pasado de moda que me venía pequeño pero no podía sustituir porque Salvador me había recortado la economía. Era un biquini infantil, el top no estaba preparado para contener unas tetas de verdad con sus pezones protuberantes de verdad, por muy pequeñas que estas fuesen, así que la base de los pechos quedaba fuera del alcance del top y los pezones pugnaban por agujerear la fina tela, algo grotesco de verdad. Y encima allí estaba Pedro Cabezón, cabezón de apellido, no de atributo físico, que de hecho era un chico perfectamente proporcionado y normal.

Él, Pedro Cabezón, fue lo único parecido a un amigo que hice en Pozuelo, de eso me doy cuenta ahora, entonces éramos niños y de sexos opuestos, así que lo que había entre nosotros yo no lo habría calificado en aquel momento de amistad. Pero sí lo éramos, y a él también le echo de menos, mucho.

Yo, a mis doce años, estaba terriblemente acomplejada. Siempre había querido tetas, un par de bonitas y hermosas tetas, y grandes a ser posible, pero en esos momentos que estaban saliéndome me sentía extrañísima, me dolían, el roce de la tela del top con los pezones me torturaba, te lo juro, pero tenía tanto calor en el puto adosado de pladur mal orientado que no me quedaba otra que soportar el suplicio. Que me mirasen en aquel estado de incipiente mutación era incomodísimo para mí. Especialmente si quien lo hacía era Pedro Cabezón.

Pedro Cabezón era el chico más guapo de la urbanización, el más guapo que yo conocía, claro, que tampoco conocía muchos. Yo por entonces no tenía ni idea de cómo debía tratar con un chico, porque en el cole éramos solo chicas y aunque teníamos montones de teorías, el pecado sobrevolaba nuestras cabezas ante la sola mención del sexo contrario. Yo creía entonces que me gustaba Pedro Cabezón y a él debía de gustarle yo. Era el prototipo de niño pijo mono, educado en colegio caro y siempre vestido a la moda, así que debía sentirme guay, porque era lo que cabía esperar en mi mundo de fantasía entonces.

Él, como yo, tenía unos doce años, en realidad, no lo sé con seguridad, porque siempre he sido bastante torpe con eso de acordarme de los natalicios del personal. Lo sé, *natalicios* es una palabra que no me pega. Una herencia del tiempo que compartí con el viejito. Él usaba muchas palabras así y algunas me las acabó pegando.

Pedro Cabezón y yo habíamos crecido juntos en aquella urbanización del extrarradio de Madrid. Él iba a otro colegio priva-

do, mixto, el British College no sé qué, hay tantos que no resulta sencillo recordarlos. Pero vaya, tanto da, uno de esos. Mientras él fue pequeño y yo pequeña no me fijé en él más que como el compañero de juegos que de hecho era. Cada tarde, al volver del cole, cuando no me iba a Aravaca donde el abuelo, me la pasaba con él disfrutando con las tonterías más grandes que quepa imaginar.

Luego, los dos fuimos creciendo, claro, a mí me estaban saliendo las tetas y a él le estaba creciendo una ridícula pelusilla en el labio superior que incomprensiblemente no le quedaba nada mal. Se desarrolló antes que los demás, a lo mejor es que no tenía doce y tenía catorce, ¡yo que sé!, la cosa es que estaba bien bueno el tío. Aunque a mí no me interesase, no dejaba de tener dos ojos útiles en la cara. Delgado, con el pelo castaño más claro que el mío, vetado de avellana, seguramente fue rubio de más pequeño, pero ahora no me acuerdo, era más ancho de los hombros que de la cintura, alto y con unos ojos verdes grandísimos y muy bonitos; además de todo, era extraordinariamente simpático, buena gente. Era de un simpático que ahora me jode cuando me lo cruzo con alguien, pero entonces, cuando no estaba amargada, me encandilaba.

Llevaba algunas semanas sin hablar con él por voluntad propia y para su desconcierto y esa tarde no quería que fuera una excepción porque ya sabía lo que iba a pasar, que lo sentía mucho, que me acompañaba en el sentimiento y toda esa mierda sin sentido. Al poco comenzaría a indagar y no tenía ni putas ganas de volver a pasar una vez más por esa movida. Por eso y por el asunto de las tetas, que puede parecer fútil si no has pasado por ello, pero es que me sentía ultraincómoda y él no podría evitarlo y acabaría mirando justo ahí, donde el pezón luchaba por rasgar la tela y esta no acababa de cubrir la base del promontorio, y entonces yo que hago, si es lo que cabía esperar, ¿no? Por eso no quería yo cruzarme con nadie, en especial con Pedro Cabezón.

Llevaba unos meses muy jodidos. Después de que pasara aquello, se acabó el curso y me despedí de Trini. Después, llegó la regla sin avisar, así, de sopetón. Yo ya sabía de qué iba el percal porque en el cole, aunque el sexo era un tema vedado, del asunto del sangrado mensual había al parecer una disposición más racional, así que para cuando me llegó el primer periodo yo ya estaba prevenida. No por ello lloré menos amargamente, porque me dolió un montón y porque vaya putada eso de ir sangrando como un grifo mal cerrado.

Una vez en tutoría, cuando Trini nos hablaba de todo el asunto de la regla, Ale, que por entonces era mi amiga, para hacer la gracia dijo que eso de que la regla era un fallo de diseño del *hardware* femenino y todas nos reímos porque ninguna la teníamos y en el fondo la veíamos aún lejana. A Trini, eso sí, no le hizo mucha gracia, para lo que a Dios se refería era una persona en extremo seria. Ella nos dijo que fallo no había ninguno, que eso había sido a consecuencia del pecado de Eva, ¡no me jodas!, ¡qué ingenioso el Creador! Para ser realistas, el Altísimo no creo yo que haya introducido la configuración regla en nuestro genoma, somos caos, y el periodo, una consecuencia aleatoria del mismo, sin más.

Cuando me vino la regla comencé a cambiar física y mentalmente, dejé de vivir en el reino de la piruleta para habitar en el valle de las tinieblas inciertas que los adultos procuran sobrellevar. Se me ensancharon las caderas, aunque no mucho, se me ensancharon los muslos, estos sí más de la cuenta. Los pechos comenzaron a crecer con desesperante parsimonia, aunque han alcanzado un tamaño adecuado. No soy plana ni tetona, una chica del montón. Pedro Cabezón, en cambio, no es un chico del montón, ¡qué va! Es un chico de los que destaca, y seguramente, si me hubiese interesado algo, podría haber sido mi chico, con todo y con eso no estoy ciega y te puedo decir que, en efecto, el muchacho es, o al menos era, un partidazo.

Pedro Cabezón, además de un bonito físico, herencia de una madre regulara y un padre cañón, tenía todas las papeletas para crecer y ser un gilipollas como Salvador. Uno de esos imbéciles completamente seguros de todo en la vida. Pero durante los años que yo conviví con él era un encanto de chaval. Su padre, el cañón, era *broker* en el Ibex 35, un tipo de esos que especula con lo que no tiene y juega con lo que no es suyo. Siempre de punta en blanco, fibrado, pelo engominado y bronceado artificial, aunque esté nevando en la calle. Un Maseratti en el garaje y una hipoteca de putísima madre a cuarenta años e interés variable, que para cuando la firmó no parecía que le fuese a ser complicado pagar, pero llegó la crisis de las *subprime* americanas y los bonos basura y todo un poco se fue a tomar por culo. Aunque supongo que saldría a flote, porque esa gente flota en la inmundicia, aunque tenga que hundir a cinco por el camino.

La madre de Pedro Cabezón era otra historia, no pegaba ni con cola. Ella era una fémica anodina e insustancial en lo físico, pero intelectualmente era increíble verla desenvolverse. Trabajaba en la Complutense como catedrática de Derecho Mercantil, allí seguirá, supongo, yo siempre la admiré muchísimo. Caminaba con un aplomo propio de los que saben que el suelo que pisan es más firme que el de la mayoría. Esa mujer había llegado a lo más alto en un mundo de hombres y solo ella sabía lo que había tenido que aguantar por el camino. No era estirada ni repipi, como la mayoría de las madres de mis amigas, que son perchas andantes, ella era cercana y amable, cálida en el trato sin llegar a ser cariñosa, y concreta al expresarse sin llegar a ser tajante. Era una mujer majísima, como su hijo.

Pedro Cabezón era hijo único también. Y los hijos únicos muchas veces acaban siendo anormales, no siempre, claro, pero un porcentaje significativo, al menos de los que yo he conocido. Sin embargo, él era de lo más simpático, de lo más agradable, de lo más

acomodaticio que te puedas imaginar. Durante algunos años de la infancia él y yo fuimos como lapas. Cuando no estaba en Aravaca con el abuelo, siempre andaba haraganeando por la urba con él. *Haraganear* era otra de esas expresiones típicas del viejito; cuando le decía que por qué hablaba tan antiguo, me decía que con tanta mierda digital íbamos a acabar hablando con emoticonos y que al menos él trataría de inculcarme una buena base de vocablos, y lo consiguió, porque el canoso era muy tenaz.

Supongo que a nuestro alrededor todos daban por sentado que acabaríamos juntos y con el tiempo revueltos. Hasta yo misma lo llegué a creer, pero eso fue antes de la regla y de tener claro lo mío. Desde que fuimos pequeñitos nos gustó mucho andar explorando los alrededores de nuestros dominios. La nuestra era una de esas urbanizaciones cercadas, con guardia en la entrada y barrera para separar a los ellos de los nosotros. Toda la urbanización está rodeada de una alta valla perimetral con cámaras, concertinas y sensores volumétricos, como si fuese un moderno campo de concentración para gente que se cree especial. En nuestro mundo de algodón de azúcar ese era el paraíso, porque como nosotros no podíamos salir y los malvados no podían entrar, éramos libres de vagar por las calles impolutas de nuestro microcosmos privilegiado.

Dentro de la urbanización estaba la Charca, que era una especie de club social en miniatura, el punto de reunión que solíamos utilizar por el día los niños y por la tarde los jóvenes, los adultos no se reunían para *pelarse* a otros allí, preferían el Club de Campo, el que estaba cerca de Aravaca, que supongo yo que hay varios, eso no lo sé. Al parecer, la Charca no era lo bastante chic para los adultos, y tanto mejor así porque de ese modo era nuestro territorio. Era un terreno bastante grande, nunca supe medir los metros cuadrados, pero tenía un hueco, todo con césped y una enorme piscina en forma de playa y con dos pequeñas islas en medio unidas por un

puentecito de madera, había muchas palmeras y plataneros, no sé por qué plataneros, pero quedaban fenomenal. También había una especie de edificio cuadrangular con sillones, un proyector y *puffs*, que era una sala de usos múltiples, donde celebrábamos meriendas o cumpleaños o lo que se diese en cada ocasión.

Supongo que así contado puede parecer que aquello que yo tuve fue una infancia de ensueño, pero en la infancia no se necesitan ni lujos, ni comodidades, ni sentirse especial, ni vestir de marca o siguiendo las tendencias, lo único que se necesita es atención, disciplina y amor. De eso tuve yo poco, un poco en la escuela y otro poco donde el viejito, que desde luego lo hizo lo mejor que supo, no era su papel criarme y aun así el hombre se lo montó bastante bien.

Mi madre se llamaba Mónica Arcos, se colgó.

Se veía venir, pero aun así no lo esperaba. Una niña siempre espera que sus padres estén ahí, en especial la madre, y que de pronto desaparezca voluntariamente es un palo grandísimo. Ya va a hacer tres años y sigo sin asimilarlo. Yo tenía once, casi doce ya, y las cosas hacía poco que se habían comenzado a torcer, lo de la tarjeta anulada y todo eso. Mi madre era... me duele hablar de ella mal, pero si pretendo expresarte la realidad, no puedo evitarlo porque así era ella, ¿me entiendes?

—Claro que te entiendo, Sara, ¿qué es lo que te duele de hablar de ella?

—¿Qué es lo que me duele? Que fue una hija de puta sin corazón que me parió como una coneja y se desentendió, ¿lo pillas? Una hija de puta sin corazón.

—Sara, tu dolor solo tú lo conoces, tienes rabia y por algo será, ahora te pido, por favor, que, aunque te duela, trates de ser objetiva y continúes.

En el fondo yo lo sé, ella también era una víctima de la clase de vida que se le había impuesto. Fue una madre de mierda, pero pensándolo bien tal vez no supo hacerlo de otro modo, lo que pasa es que a mí eso me importa un carajo, yo quería una madre y no la tuve, la necesité y ella estaba borracha o colgada del teléfono o de compras, ni una sola vez recuerdo que se interesase por mis notas, solo le preocupaba que fuese bien vestida. Los únicos momentos que compartí con ella fueron de compras, eso es supertriste, pero, bueno, al final me acostumbré, ¿qué podía hacer? Yo sabía que ella no era mala conmigo, ni pretendía castigarme con su indiferencia, solamente era estúpida y no sabía cómo llevar bien su vida.

Ella nació en una familia acomodada de la que no hemos sabido luego nada porque ella no se hablaba con ellos, era de Galicia, de O Grove creo, pero no estoy segura. Mis abuelos, sus padres, a los que no conocí, al parecer tenían un pazo bastante grande por allí, con un par de hórreos históricos y todo, eso lo sé porque ella, cuando se emborrachaba, que era cada vez con más asiduidad, le gustaba despotricar contra su dorado pasado y así me iba yo enterando de cosas de mi historia familiar. Bueno, que nació y creció por el norte, la mandaron a estudiar una diplomatura menor a Salamanca, pero no la acabó, porque muy avispada no era. Estando en la universidad conoció a un galán empotrador que la dejó preñada y volvió a casa. Por aquel entonces, lo del aborto no estaba aún permitido en España, así que los padres, a los que ella después y ya entonces no soportaba, le pagaron el aborto en Londres, que era donde se hacían esas cosas en aquel momento, y bueno, parece ser que el raspado fue excesivo o yo que sé, pero después de aquello le costaba volver a quedarse embarazada.

A su vuelta a España se conoce que no se sentía demasiado bien por lo del aborto y se despendoló a costa de los abuelos otra vez. Se instaló en Madrid sin objetivo concreto, a vivir y gastar. En una fiesta conoció a Salvador, por entonces ella supongo que no debía de ser del todo alcohólica, y como Salvador era muy de dar el pego, la encandilaría con bastante facilidad a golpe de billete, bueno, que

se casaron con la aprobación del abuelo, pero ya entonces ella no se hablaba con sus padres, así que por parte de la novia no hubo representación parental en la ceremonia, lo cual me privó a mí de tan siquiera una triste foto de esas personas a la que agarrarme. No los eché nunca de menos. Excepto ahora, que de pronto pienso en si con ellos tal vez me llevaría bien, quien sabe...

A mi madre le costó un dineral tenerme, tuvo que someterse a tratamientos de fertilidad, a inseminaciones y yo que sé, al final, cuando ya había desistido, una falta anunció mi llegada y llenó de alegría a mi abuelo, porque mis padres en el fondo solo me querían porque todos los demás tenían sus cachorros y ellos no iban a ser menos.

Mónica fue degenerando poco a poco, nunca fue una tía muy estable, la verdad, pero al hacerse alcohólica la cosa se fue de madre y, además, yo creo que había algo más que alcohol en su cuerpo, pero eso en realidad no lo sé. Cuando a Salvador le dio la volada de recortar gastos fue demasiado para ella, sus discusiones eran algo muy loco, le pegaba unas hostias al idiota que yo desde el piso de arriba lo escuchaba. Un día, al bajar a desayunar, creo que era sábado, me la encontré balanceándose debajo del arco de la escalera, pensé que era ropa colgada para la tintorería, pero dentro iba lo que había sido Mónica. Me asusté, pero no pude llorar ni una lágrima, ¿la quería? Pues supongo que como toda hija a su madre. No la echo de menos, fue una madre de mierda y no quiero que Pedro Cabezón me dé el pésame por alguien que no siento.

—Sara, hacía mucho que no te veía, ¿cómo estás?

—Hmmm...

—Oye, que lo siento mucho, ¿vale?

Ves, lo sabía, joder. Pues yo no lo siento nada, ¿cómo lo ves?

Sabía que iba a pasar antes o después, pero no creo que haya elegido el mejor momento. Seguramente ha pensado que estaría

con las defensas bajas, porque él, como todos, concibe el mundo desde su perspectiva y no se ha parado a pensar que yo por mi madre no sentía ni siento nada, ni frío ni calor, vaya. Ha pensado que con darme el pésame, y así pensar en ello, me desharía de pena y él podría recoger los restos. Creo recordar que he sido un témpano de hielo siempre, pero desde que se fue el viejito lo soy mucho más, sencillamente me repele un abrazo o un beso, aunque lo necesito, es una dicotomía interesante esta.

Estamos de pie en el césped, que yo vea no hay nadie más en la Charca, Pedro Cabezón no debería estar aquí tampoco, seguro que ha venido a propósito para encontrarse aquí conmigo. Tal vez ha venido a todas horas para ir descartando, sé que ha venido a buscarme a casa, pero yo no he bajado porque no quiero verle, no por lo de Mónica, que ya ves tú eso, sino porque no me encuentro cómoda con mi cuerpo. Él no puede evitarlo e instantáneamente desvía la mirada al biquini, es fugaz, pero yo lo veo y él ve que yo lo veo. En los dos o tres meses que hace que no nos vemos he cambiado, me han crecido las tetas y los pezones marcados le inducen a error. Puede que él piense que me alegro de verle, nada más lejos, me viene pequeño y no puedo comprarme otro.

Lo veo venir poco a poco, me toca con sensualidad la mejilla, el tacto es fino, es suave, es como él, cariñoso y cálido, se me acerca y posa sus labios mullidos, frescos y perfectos en los míos sorprendidos y temblorosos. Me quedo quieta.

—Yo...

—¿Qué coño haces? —y lo aparto de un empujón.

Me arrepiento enseguida pero tarde. Veo la desilusión dibujada en su rostro.